

Tan importante era creer, que los incendios que duraban días, contaron —ya que no con un servicio de extinción bien concebido— con la presencia del Santísimo Sacramento; con altares en los balcones, donde celebraban misas; y con el apoyo inerte de imágenes y reliquias populares.

AVARICIA

Las fiestas de toros se han convertido ya —a mediados del siglo XVI— en espectáculo vibrante. Posiblemente, los toros saltan al «ruedo» cuadrado de la Plaza Mayor más de cien veces al año.

Organizaba el Concejo las corridas ordinarias —festividades de San Isidoro, San Juan, Santa Ana y la Virgen de Agosto— y la Casa Real las extraordinarias. Se lidiaban 12, 18, 20, 24 y hasta 36 toros en algunas corridas, por lo que la fiesta ocupaba de arriba abajo la jornada.

Los inquilinos de la casa tenían derecho a utilizar sus balcones durante la mañana, pero las tardes se establecieron a beneficio del dueño del inmueble, que gozaba alquilando los balcones como palcos, tras satisfacer una modesta cantidad al arrendatario. Los reyes, infantes, ministros, consejeros y embajadores ocupaban el primer piso de las Reales Casas de la Panadería y de la Carnicería. Entre los soportales se colocaban tabladillos a manera de «tendidos» e inventaban asientos sobre el vacío de las calles que daban a la plaza. Algunas veces, hasta llegaron a improvisar andamios, atados con cuerdas a los balcones, con evidente peligro para los de abajo.

LUJURIA

Felipe III —sin límite en el des-gobierno— no ha tenido tiempo de disfrutar la Plaza Mayor por él creada. Pero su hijo, el «Rey Planeta», empeñará su reino en toda clase de fiestas y derrotas. El trono siempre se halla vacío; el monarca disfruta. Al pueblo se le olvidan los héroes y la patria. La bajeza se alía con el rey y todos le siguen. Es más amable divertirse que gobernar: no hay freno en el amor, ni en la ofensa, ni en la muerte absurda.

La Plaza Mayor tiene probablemente por entonces 615 balcones y 615 ventanas; la habitan 3.700 personas a diario, y los días de fiesta 50.000 la ocupan. No importa que se trate de juegos de cañas, fiestas de toros, fuegos de artificio, mascaradas, autos de fe o procesiones: de balcón a balcón, de tabladillo a calle —los colores de la divisa, el guiño, el gesto, la presencia—, todo está en función del culto a Venus. (Felipe IV se casa a los 44 años, con su sobrina carnal que

suma 15. Otro ejemplo: en una noche se improvisa un mirador para que el rey, que engendró más de 30 hijos, pueda contemplar en los descansos la silueta de su nueva amante, durante el espectáculo.)

IRA

La Plaza Mayor es lugar de motines y pasiones. Contra el marqués de Esquilache se lleva a cabo el episodio más violento, al grito de «muera Italia y viva el rey». A contraluz del Arco de Cuchilleros, «el púlpito» —puente de mando sobre la cava de San Miguel— recibe la jornada del 2 de mayo a un franciscano descalzo, del convento de San Gil, que como «gilito» queda para siempre, exhortador de arrieros y demás trajinantes para que el brazo diestro apuñale al francés.

El patíbulo viaja y no encuentra acomodo: se detendrá en los soportales de occidente si el reo ha de morir ahorcado; frente a la Real Casa de Panadería si se trata de muerte a garrote; y en los soportales opuestos si debe caer degollado.

También se levantan tablados para los autos de fe. Y mientras ganan indulgencias los espectadores, y los reposteros tiemblan de vértigo en los balcones, los reos, con sambenitos y mordazas, soportan actos

que duran de la mañana a la noche.

GULA

La plaza sustituyó al mercado que Juan II protegiera, pero no quiso dejar los huecos de la planta baja a otras acciones... Se instalaron —por zonas— los pañeros; quienes vendían cáñamo, hilo y sedas; los quincalleros, manteros y dueños de zapaterías. También había cajones para la venta de tocino, pescado, fruta y potajes. La Real Casa de la Panadería destinó los bajos a tahona y la planta principal cedió sus habitacones a los reyes. En la Real Casa de Carnicería se atiende a los forasteros al tiempo que a los vecinos de la Villa, cosa que antes no ocurría; pues los hijosdalgo disponen de una —exenta de sisa— y otra se abre cada día para aquellos que están obligados a pechar.

Pasarán dos siglos y llegará la costumbre de que, tras las corridas, corran improvisadas fuentes de leche y de vino.

ENVIDIA

El concepto de la vivienda se transforma. La parte baja se utiliza como cochera, tienda, almacén, taller u oficina. En la inmediatamente superior, moran los principes, nobles, caballeros o personas de rango: de ahí el nombre de «principa-



les». Y, encima, sus criados o personas de menor alcurnia. Los desvanes vivideros son ocupados por los sirvientes de los sirvientes o por aquellos a los que no les importa ver de cerca las estrellas.

Las personas que habitan el piso principal causan respeto aunque no puedan mantener criados; y si tropiezan en la escalera con inquilinos de otros pisos, se apartan éstos y les ceden el paso. Con el tiempo, comerciantes y artesanos invertirán sus ahorros en adquirir los pisos principales, para satisfacer «la envidia de la escalera».

PEREZA

La Plaza Mayor buscó la soledad un día. Estaba harta de tantos cam-

bios de nombre: desde 1812 había sido plaza de la Constitución varias veces; plaza Real; plaza de la República; plaza de la República Federal...

En la Casa de Campo pifaba el caballo de Felipe III, que Pedro Tacca terminó sobre un retrato de Pantoja de la Cruz. El rey soñaba con hundir el acicate en las ancas de bronce de la cabalgadura para llegar hasta la Plaza Mayor de las Españas y quedarse en ella para siempre. Tardó más de doscientos años en cumplir su deseo. Cuando arribó, él, que había inventado la primera «plaza de toros» del mundo, la cerró para siempre. Su caballo robó el sitio a la furia redonda de los astados.



La Plaza Mayor, dispuesta para un espectáculo. Andamios urgentes cierran las calles. Cincuenta mil personas se asoman al corazón de Madrid. Es decir, albergaba al doble de personas que tienen cabida actualmente en la Plaza de Toros Monumental de las Ventas

Mercadillo de todo; paseo para los desocupados; lugar de encuentros. También servía la Plaza Mayor para acortar camino. Hoy todavía la utilizan en tal sentido los cincuenta caballos que escoltan las carrozas de los embajadores, cuando se dirigen desde el Ministerio de Asuntos Exteriores a Palacio, para presentar sus credenciales. El marco es tan hermoso y tan adecuado el desfile, que no debemos perder la ocasión de admirar la imagen que propongo.



A poco, la Plaza Mayor se hace jardín. El caballo pasea la mirada en torno, pero continúa frenado: sin galope. Aún le llega a la plaza otra reforma: sus cinco pisos quedan reducidos a tres. Y en ellos, frente a los 1.230 huecos de antaño, se abren ahora 369 balcones, más la cresta gris de 74 buhardillas. Abajo, la pereza puede sentarse en cualquiera de las 1.500 sillas que florecen alrededor de 375 mesas.

Esta abulia de la plaza más vibrante del mundo un día, la aprovecharon los Juan-sin-tierra de otras latitudes. Llegan al espacio dominado por el cansancio de tres siglos y medio de aventuras y toman el reposo y lo machacan en el mortero de sus guitarras, de sus voces malolientes, de sus peleas por nada, de sus insultos de medianoche, de sus navajas de madrugada.

La ira mayor fuese centrando calladamente en el pedestal del fundido —y confundido— jinete. Como la plaza se hizo parque, to-

maron el verdoso caballo por las ramas y la piedra por tronco: tal cual si se tratara del árbol más antiguo, desnudaron ante él, ya que no aceros, lápices y bolígrafos para tallar pintando con dificultad agotadora, corazones atravesados por amorosos dardos, declaraciones obscenas, maldiciones, desencantos, nombres, nombres y más nombres. Y a ras de suelo, reclamos políticos de trazos más grueso.

Felipe III, metido en rezos y en olvidos, no entendía. (Jamás entendió nada). Aún no se explica por qué siendo rey, un día le apearon a la fuerza de su basa. El tiene los papeles en regla —D.N.I., letras de bronce— y se lee:

LA REINA DOÑA ISABEL II, A SOLICITUD DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID, MANDO COLOCAR EN ESTE SITIO LA ESTATUA DEL SEÑOR REY DON FELIPE III, HIJO DE ESTA VILLA, RESTITUYO A ELLA LA

LA CORTE EN 1606 Y EN 1619 HIZO CONSTRUIR ESTA PLAZA MAYOR.

AÑO DE 1848

Delante, dos escudos se abrazan, al tiempo que declaran poseer catorce flores de lis, siete estrellas y otros tantos roeles, cuatro leones, tres águilas, dos torres, un oso, un madroño, un vellocino y una granada.

Y en los relieves fijos de ambos lados, se acumulan mediaslunas, anclas, rodellas, tenachos, lanzas, alfanjes, flechas, polvorines y cascos.

Afortunadamente, las ofensas ya no se lavan con sangre sino con detergentes y arena a presión: el monumento ha vuelto a cobrar su brío. Dos guardias vigilan por si acaso. Las palomas, por haber sido un rey gris, se tornan grises. Los pájaros se posan en la crin del noble bruto. Los jilgueros de Madrid bien saben, sin haber leído

Historia, que tal rey no anduvo en tiempos y ahora tampoco avanza.

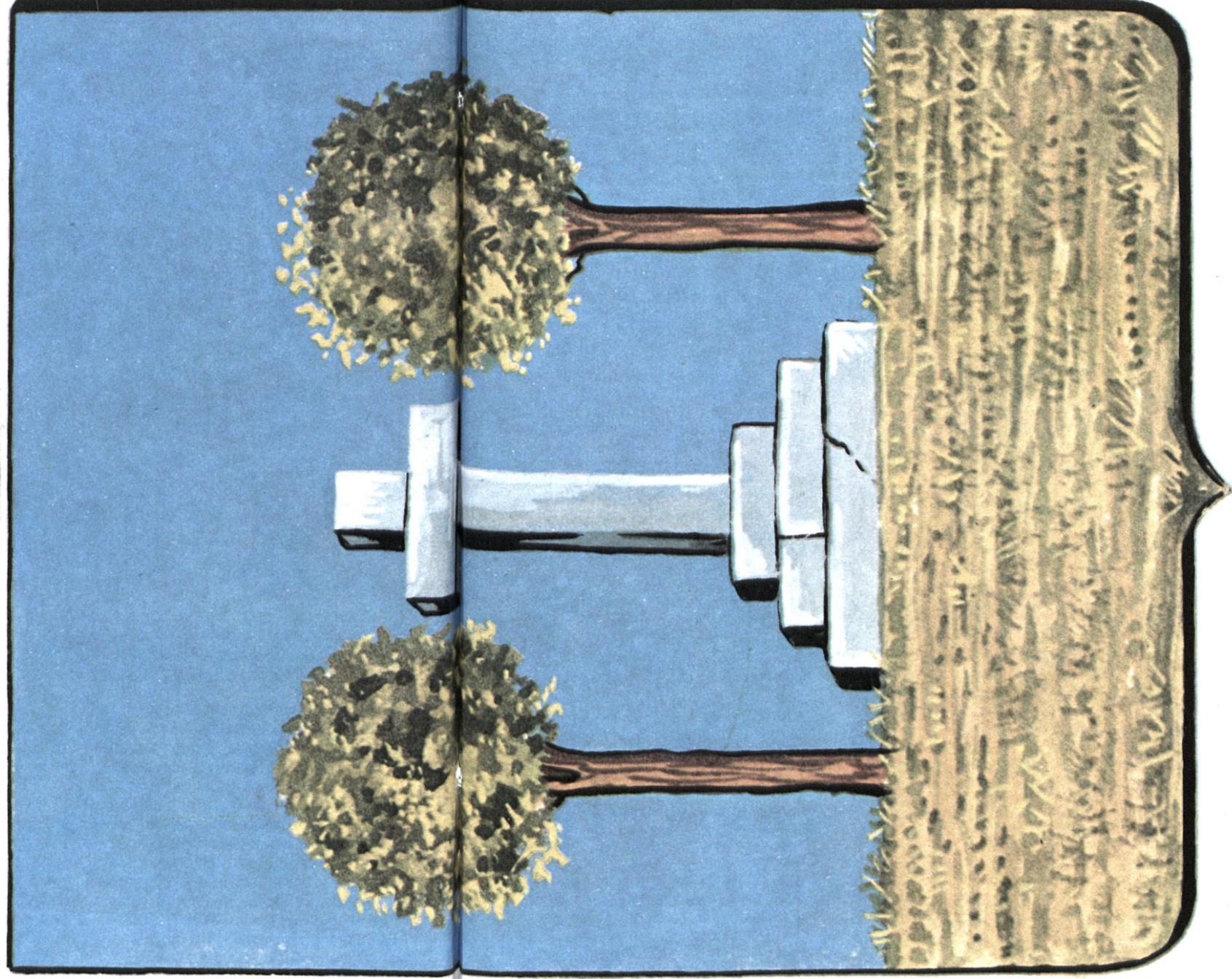
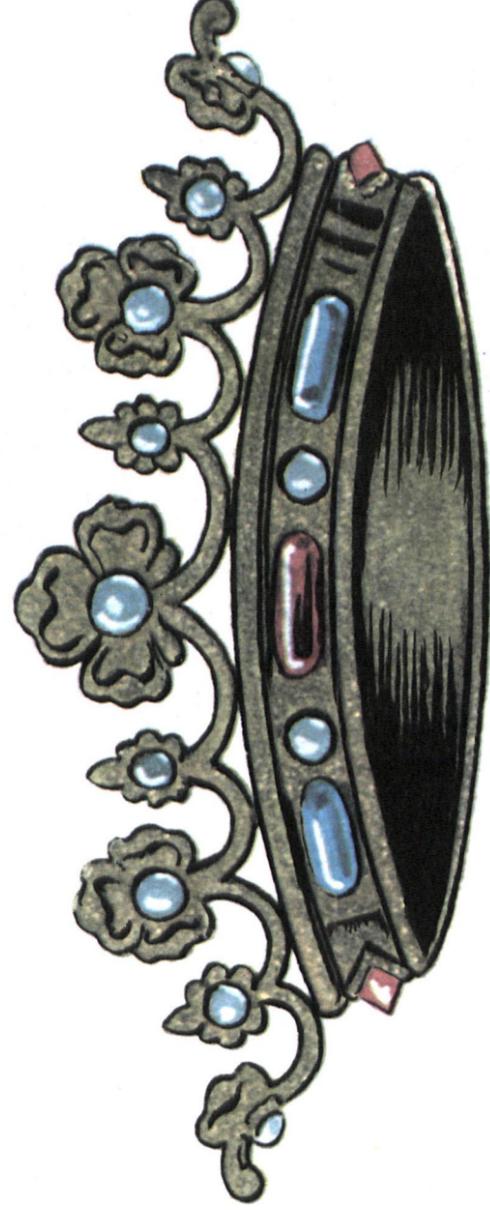
Lentamente, la Plaza Mayor se ha convertido en una catedral. Peregrinos de otros mundos han llegado sin dinero, con el dolor del viaje en los ojos, limosneando posada y mendrugo. Buscaban el triforio que ampara la noche de los caminantes y lo han encontrado en los soporales de la Plaza Mayor. Juntaron su fatiga a la pereza del lugar y se tumbaron despacio para hacer dormir los malos pensamientos sobre la seca mochila.

Ya, de mañana, no hay incensarios gigantes que perfumen de esperanza. Ni santos milagrosos que acompañen el regreso. Queda una plaza vacía que lo tuvo todo y que sólo quiere oír el latido del tiempo que se escapa. Una plaza envuelta en pecados capitales que, ahora, descansa.

José Luis PECKER
Fotos: M. CONTRERAS

EL ALAMO

LOS ESCUDOS
DE NUESTRA
PROVINCIA



Escudo cortado. (Pero sin rayas ni líneas divisorias, sino con los colores propios). El primero doble que el segundo, trae el campo de azul. El segundo de sinople, con tres gradas o escalones de plata, mazonados de sable y surmontados de cruz latina, también en plata, y dos álamos de sinople, uno a cada lado de la cruz, y con ésta encajados en el campo de azul. El todo coronado con la corona de la reina Isabel I de España, en oro y pedrería. (La corona de Castilla).

El Alamo fue fundado a mediados del siglo XV, por un trajinante o vendedor ambulante llamado Toribio Orgaz, que construyó al borde de la Cañada Real, junto a un álamo grande, una venta. Prosperó mucho ésta, por el tránsito tan enorme de personas por la Cañada, que se fueron construyendo más casas al lado de la venta, dándose con ello origen al pueblo que tomó su nombre del viejo álamo de la venta. Enclavado en el sesmo de Casarrubios, pertenecía con éste a la ciudad y tierra de Segovia que reconquistó toda la comarca. Los Reyes Católicos, para premiar a sus más íntimos y altos servidores, separaron de la tierra de Segovia los sesmos de Valdemoro y Casarrubios, que repartieron dando a los marqueses de Moya, don Andrés de Cabrera, doncel del Rey Fernando y doña Beatriz de Bobadilla, dama de la Reina Isabel, el sesmo de Valdemoro y algunos pueblos del de Casarrubios, y el resto de éste, incluida la aldea de *El Alamo*, a su contador mayor, don Gonzalo de Chacón, que instituyó el Mayorazgo de «los Chacones». Este reparto de pueblos dio lugar a la famosa azotaina de los niños de Segovia, para que lo recordaran toda la vida; y, a un pleito

que duró ciento doce años, entre la ciudad y tierra de Segovia por un lado y los marqueses de Moya y el conde de Chacón, por otro.

El 7 de febrero de 1576, contestando a las relaciones de Felipe II, se dice que es aldea de la villa de Casarrubios; que siempre se ha llamado así; que tomó el nombre de un álamo grande que había antes de su fundación; que el primer fundador se llamaba Toribio, que hizo la venta, «habrá unos cien años», y que es de don Francisco Chacón, señor de Casarrubios, a cuyos antepasados hicieron merced los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel.

En los primeros días de octubre de 1616 estuvo en la ermita de la Soledad de El Alamo, permaneciendo una noche, el cuerpo incorrupto de San Isidro Labrador, patrón de Madrid, cuando en grandioso cortejo, por la Cañada Real, iban trasladados, en rogativa, hacia Casarrubios del Monte, en donde se hallaba enfermo el Rey don Felipe III, que pidió le llevaran el cuerpo del Santo madreño, al que acompañó todo el camino de regreso a la Corte.

En el archivo municipal de El Alamo se guarda el Real Privilegio de Felipe IV, otorgado en Aranjuez el 25 de abril de 1662, concediéndole el título de Villa.

Un artista autodidacta

DANIEL TRAVER GRIÑÓ,

pintor de la realidad

- Tallas de madera, dibujos publicitarios y cuadros de relieve internacional enclavan su profesionalidad.
- Castellón y Barcelona lo reclaman para sus Diputaciones.



JUAN Gris afirmaba: «Yo pinto lo que veo, no tengo por qué preocuparme de lo que las cosas son, sino de cómo hieren mis ojos». Traver Griñó, pintor castellanense, nos dice que el arte es infinito y

está inscrito en un campo muy variado, pero cualquiera que se pare a observar sus obras verá que este pintor que comenzó a los nueve años con tallas de madera, para pasar más tarde al dibujo del Tebeo, ilustra cada uno de sus cuadros, e ilustrar es el condicionamiento más hermoso para un artista plástico.

Traver Griñó, con la gran riqueza poética del color, nos sumerge en los mundos que representa llenos de sugerencias y de expresión, acumulando una potencia que se derrama más allá del marco que apresa cada obra.

Sus pinturas recorren nuestra península y las encontramos en el Museo de Arte Contemporáneo de Villafames, en la Excelentísima Diputación de Castellón, en la Excelentísima Diputación de Barcelona y en el Museo Maricel de Sitges. Hoy, la revista CISNEROS quiere unirse al homenaje que tantos le rinden y concertamos una entrevista con él, que reproducimos a continuación:

—Daniel, iniciado a los nueve años en la talla de madera y pasando luego a la ilustración de tebeos, queramos saber ¿qué significa un tebeo para usted?

—Dibujar para tebeos es un arte muy distinto de la pintura y mucho más difícil de lo que puede parecer en un principio.

—De repente un paso importante hacia el cuadro, ¿cuándo y por qué?

—Cuando yo comencé a colaborar con MARCA, alternaba el dibujo publicitario con el grafismo, esto tan particular y con unos colores vivos me dio paso por sí mismo a la pintura en cuadros. Mis ilustraciones de chritsmas y tebeos han recorrido el mundo, igual están en Vietnam que en Nueva York, esto fue otra iniciativa hacia el cuadro.

—Hay quien le llama el pintor de las Diputaciones. ¿A qué se debe esta aceptación de las Diputaciones hacia su obra?

—No lo sé, tienen de especial que son las únicas que disponen de medios

económicos para la compra de obras y la gentileza de ayudar al pintor joven y casi desconocido.

Sonríe constantemente y su voz no se empaña ante ninguna pregunta. Es un hombre muy feliz y eso me empuja a preguntar.

—¿Es Traver Griñó un pintor con suerte?

—No, no, ninguna. Soy un pintor constante pero con muy mala suerte. Un hombre que ha hecho talla, publicidad en general, fantasía, humor, cuentos y pintura en general debería estar ya consagrado y no ser un desconocido en este mundo del arte.

—¿Qué estudios posee?

—Los normales, primario y de arte los de la Escuela de Bellas Artes de Castellón, luego *cerámica* y *dibujo*, pero se puede decir que principalmente soy un pintor autodidacta.

—Volviendo al tema de las Diputaciones, Barcelona es una de las capitales que más le admiran, pero ¿y Madrid?

—En Madrid estuve en la Sala Marino, pero cuando una persona llega por vez primera a un lugar no conoce a la gente y la manera de llevar los negocios. Lógicamente la reacción es huir. Me ofrecían el oro y el moro y me daba bastante miedo. Ahora ya es distinto, voy conociendo a más gente y sabiendo a dónde voy, todo será más fácil.

—¿Cuáles son los pintores que usted admira más?

—Todos, uno detrás de otro a los impresionistas franceses y como dibujante español a Dalí, pese a lo que digan los demás, como pintor no sé, pero como dibujante me parece extraordinario.

—Defíneme su estilo.

—Mi estilo ronda el impresionismo francés y la técnica de aquellos impresionistas franceses.

—Una pregunta más: ¿Qué les diría a los jóvenes que ahora comienzan?

—Muchas cosas —ríe abiertamente—, a algunos no les diría nada, pero a otros les pediría que olvidaran su soberbia y su orgullo y trabajasen más. Y si son como yo, que no se aferren tanto a su tierra, yo digo que se mueva la pintura sola y eso no puede ser, hay que mover al pintor.

El tiempo se nos acaba, don Daniel estaría toda la mañana hablando de su arte y nosotros escuchándole, pero la última pregunta llega.

—¿Qué le gustaría que dijeran de usted los críticos?

—Sólo la verdad, los críticos que han escrito sobre mí hasta ahora sólo han dicho la verdad, no me conocían y, por tanto, no estaban obligados a nada, por eso me gusta que el crítico no me conozca y diga de mi obra lo que realmente piense.

Así es Traver Griñó. Así es Daniel Aparici Traver Griñó, nacido en Castellón el 2 de abril de 1931, con sus palabras frescas como su pintura, que se convierten en deliciosos relieves que rompen con el formalismo metódico y con unas pinceladas certeras, expresa el carácter real de cada personaje.

Castellón, cuna de este artista, ya lo ha redescubierto, Cataluña lo tiene en sus museos, esperamos que Castilla no sea la excepción y se deje embriagar de este arte contemporáneo y español.

Laura PEREZ DEL TORO
(Fotos: Cedidas por el pintor)

